

## SALUDO AL LLEGAR A LA RECTORÍA DEL TEMPLO DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA.

En el Evangelio existe un pasaje en el que Jesús es invitado por algunos dirigentes judíos para ir a la casa de un oficial romano a curar a un criado suyo. El oficial le dijo al Señor que no hacía falta que fuera y le da como razón la fuerza y el valor de la palabra: “[...] Yo le digo a un soldado ‘¡Ve!, y va.’ A otro ‘¡ven!, y viene.’ A uno más: ‘¡haz esto!, y lo hace...’ Esa palabra me pareció escuchar cuando el Señor Obispo Don Luis Artemio Flores me sugirió en junio de este año venir a este lugar. Sin necesidad de una orden oí ¡ven! y vine en un acto de libertad y de amor a la Iglesia a la que libremente ofrecí servir y ha sido la razón de mis acciones y pasividades, de mis palabras y silencios.

Llego a esta ciudad donde pasé mi infancia y mi adolescencia con el cariño entrañable de mis padres, de mis hermanos y de muchos miembros de mi familia, buen número de ellos ya fallecidos. De ellos aprendí el gozo por la vida y el valor de la fidelidad. Aquí cultivé la amistad que sigue vigente y que sigo agradeciendo. Aquí asistí a la escuela desde el jardín de niños hasta el comienzo de los estudios de derecho. Aquí ingresé al Seminario con el apoyo incondicional de Monseñor Alejandro Jiménez, sacerdote culto y cuidadoso observador de los “signos de los tiempos”, mi párroco y de Monseñor Enrique Mejía, mentor y ejemplo de creatividad y entrega sacerdotales. Aquí, una vez ordenado sacerdote y después de regresar de Roma tuve la dicha de colaborar de cerca con el Señor Obispo Don Adolfo Suárez Rivera no sólo en la encomienda que me dio como Vicario de religiosas y profesor del Seminario Diocesano, sino en sus múltiples tareas a favor de la Iglesia en dimensiones más amplias.

En 1982 me invitaron a formar parte del claustro fundador de la Universidad Pontificia de México en la capital del país, donde permanecí hasta 2003 y de ese año a 2009 formé parte del Departamento académico de Historia de la Universidad Iberoamericana. Pude servir también a nuestra Patria y a la Iglesia en México en el largo y pedregoso camino de reconciliación entre el Estado y el pueblo católico, mutilado en sus derechos fundamentales por una Constitución sectaria. Pude igualmente—y no he dejado de hacerlo--acompañar el esfuerzo de poner en relieve el valor evangelizador del patrimonio cultural de origen católico y de las raíces culturales cristianas que no son sólo pasado y menos nostalgia sino identidad y futuro.

En septiembre de 2008 hablé con Monseñor Ricardo Watty y le planteé que creía que el ciclo de mi presencia en la Ciudad de México estaba terminando y que podía regresar a mi diócesis de origen, a la que nunca he dejado de pertenecer. Le dije también que deseaba estar en una parroquia rural y le mencioné expresamente Jala. Ahí llegué el 6 de junio de 2010. Estos poco más de tres años fueron más que de enseñanza de mi parte, de aprendizaje y de consonancia con los “gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” del pueblo católico y mexicano: de un pueblo que vive una situación fronteriza, acosado por una modernidad electrónica, fugaz, superficial y agresiva y sosteniendo costumbres de piedad popular que, aunque valiosas, piden ser reflexionadas desde el Evangelio y llevar a compromisos. Un pueblo acosado por la cultura alcohólica y el miedo que paraliza y silencia a causa del narcopoder, visible abierta e impunemente en el Sur de Nayarit; acosado por un populismo escandaloso, por un clientelismo político a base de entrega de migajas que se hacen agradecer quienes no son sino servidores públicos. Un pueblo acosado por la “nueva agricultura”—maquila de exportación--que convierte en jornaleros sin derechos a los que los errores de una reforma agraria más política que social ha dejado inermes. Un pueblo acosado no por las culpas que les echan encima a los maestros, sino por una llamada “educación superior” sin sustento ni arraigo en la realidad cotidiana que expulsa a los jóvenes. Un pueblo acosado por el miedo que los poderosos de Estados Unidos tienen, al modo del Faraón egipcio, al crecimiento y el alza educativa de los mexicanos emigrados y que quieren impedir el derecho de todo ser humano a emigrar. Ningún que desee cumplir de veras con el mandato de Nuestro Señor podrá pasar por alto esas situaciones que piden la luz del Evangelio.

En Jala, sin embargo, comprobé la realidad viva de la fe, la aceptación de la palabra divina que consuela y da ánimos, el diálogo consolador en el sacramento de la penitencia y el acompañamiento de la enfermedad y la muerte con todas las contradicciones humanas que llevan consigo. La aceptación de una catequesis larga que va de la mano al desarrollo del niño cristiano y da sentido a la perseverancia en el compromiso bautismal ante los retos de los tiempos. La apertura a una vida donde “la Verdad hace libres” y el Evangelio se entreteje con las decisiones personales o comunes. En Jala—estoy persuadido—recibí mucho a favor de una sensibilidad pastoral que a cuarenta años de mi ordenación sacerdotal me hacía falta.

-----

Llego ahora a Tepic, a esta rectoría de los Sagrados Corazones de Jesús y de María que fue fundada en 1910 por iniciativa de la Casa de Aguirre y vio la labor por muchos años de los sacerdotes claretianos originalmente como centro misionero para la sierra del Nayar y la costa. Este fin no pudo cumplirse cabalmente a causa de las persecuciones que en la primera mitad del siglo XX asolaron estas tierras. Testigo material del despojo carrancista es la casa que se edificó para el servicio de la misión y es desde hace tiempo una escuela secundaria.

En años recientes, este templo ha sido rectoría diocesana y la han atendido los Padres Crescencio González, Pablo Maciel y hasta hoy el Padre Pedro Guzmán que ayer tomó posesión como párroco en Ahuacatlán. Gracias a ellos la vida cristiana ha echado raíces.

He leído lo que significa una rectoría según el Derecho Canónico y estoy dispuesto a respetar sus lineamientos cuidando no exceder lo que indique mi nombramiento. Soy consciente de la tentación, propia de la realidad urbana, de confundir a la Iglesia con el templo y atender corazonadas, impulsos dispersos, costumbres rutinarias o solicitudes particulares que no arraigan en la construcción de una comunidad de fe, esperanza y amor, que son los rasgos distintivos de la Iglesia según la voluntad divina. Sé, por consiguiente, que sin un estudio en común y un ánimo evangelizador generoso de las parroquias de San José, Nuestra Señora del Carmen, el Purísimo Corazón de María, la Santa Cruz y San Juan, las rectorías de la Catedral y el Sagrario, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y la capellanía del Señor del Consuelo, cada templo será un lugar de culto quizá intenso y cada sacerdote será una isla pero con el riesgo de que la mucha acción se acerque a la esterilidad. Manifiesto mi desconcierto por la forma como desde hace pocos años están organizados los decanatos de la zona pastoral de Tepic que—me parece--en lugar de favorecer una pastoral de conjunto en el centro de la ciudad, la desfavorece. Creo que también la Iglesia local necesita estudiar a fondo las situaciones humanas y las condiciones educativas y culturales propias de una ciudad como ésta que piden una pastoral especializada y supraparroquial. Tal vez esta rectoría pueda ser un punto de encuentro para esta necesaria presencia de la Iglesia, de su tradición y de sus valores que no están en contradicción con nada que sea verdaderamente humano.

-----

Llego aquí con alegría y buen ánimo en este día en que celebra la Iglesia Universal a Nuestra Señora del Rosario, signo de libertad cristiana por su intercesión materna en alejar el peligro de la dominación musulmana en el lejano 1571, signo vigente para el impulso a nuestra libertad de hijos de Dios. Llego dispuesto a servir en la medida de mis

fuerzas. Llego decidido a seguir los lineamientos de Su Santidad el Papa Francisco de no instalarse en la burocracia, la rutina o el simple despacho de servicios; por consiguiente, a ser pastor “con olor a oveja”.

Desde este momento quiero indicar algunos puntos particulares que acompañan mi estilo de vida y mis convicciones pastorales y que no deseo que causen desconcierto: Llego acompañado de cerca de 8,000 libros de una biblioteca que me ha costado cincuenta años formar, que “como toda propiedad privada tiene una hipoteca social” y será a su tiempo para el Seminario Diocesano. Por consiguiente, necesitaré todos los espacios de la casa anexa al templo que, por otra parte, requiere bastantes reparaciones. Procederé con calma pero decididamente a una racionalización de las celebraciones litúrgicas en respuesta a necesidades sentidas comunitariamente. Por lo que corresponde a las celebraciones de “quinceañeras”, no considero que deban hacerse sin preparación previa y con el tiempo sólo tendrán sentido más allá de una fiesta profana celebrándose de manera comunitaria al finalizar el 9º grado de la catequesis. También, obedeciendo las prescripciones de la Ley eclesiástica, a partir del domingo próximo, 13 de octubre, habrá sólo cuatro celebraciones eucarísticas, suprimiendo definitivamente la de las 7 de la mañana, pues ningún sacerdote debe exceder ese número y éste depende exclusivamente de las necesidades pastorales que en el contexto urbano deben reconocerse con cuidado.

Levanto la vista y el corazón a Dios, Padre de las luces y agradezco sus dones. A quienes hoy quisieron estar presentes, especialmente a quienes vinieron de Jala y Coapan con no pocos sacrificios, doy las gracias y les pido que oren por mí y por la realización de un ministerio conforme a la voluntad de Jesucristo. Al corazón de Jesús y al de la Virgen María, titulares de este templo, encomiendo a quienes forman esta comunidad, célula viva de la Santa Iglesia, cuya fe, esperanza y caridad quiero acompañar con la ayuda divina y el consejo y la colaboración de todos.

Tepic, Nayarit, 7 de octubre de 2013.

P. Manuel Olimón Nolasco.